

Alain Minc, **El síndrome finlandés. Europa ante el siglo XXI**, Barcelona, Ediciones Península, 1988, 236 pp. (Col. Ideas)

Como un hecho inevitable, aunque meramente cronológico, se acerca el fin del siglo xx. Vivimos el umbral de un próximo milenio. Y esto que es una determinación artificial sirve de pretexto al hombre para no per-

der el pasado y no perderse en el futuro. Reflexiona y medita sobre sí cuando los ciclos, en los que cree, se cierran. Lo significativo ahora es el mundo a la deriva; la velocidad de la historia, que empezó a acelerarse en el siglo XIX, nos lanzó a éste con mayores cambios de los que podíamos asimilar. De esta manera vivimos hoy varios instantes cronológicos; uno de ellos, no sin sus propios anacronismos, es Europa. Pero el defecto de la objetividad con que la vemos los latinoamericanos es la falta de total pasión y convencimiento de que en ello se nos va la vida. Alain Minc, quien preocupado ya por el futuro había escrito *L'avenir en face*, tiene las cualidades para exponer —en el absoluto convencimiento de que la misión del intelectual es ofrecer propuestas— su idea de Europa y las que requerimos para desentrañar su misterio y el de su futuro. Él es europeo, apasionado y visionario. En sus dos últimos libros nos lanza con una urgencia profética y casi desesperada —con la certeza de que el hombre puede darle curso al futuro— la postura de transformar la deriva en devenir. El más reciente, *La grande illusion*,¹ ha causado una ola de escándalo y protestas en Francia por proponer que este país debe consagrar todas sus fuerzas a su verdadero destino, que es el de construir Europa (instituciones, ciudadanía, opinión pública, sociedad civil) aun a costa de las reliquias coloniales y el propio idioma francés.²

Así también, en *El síndrome finlandés* expresa como objetivo llevar al centro de la discusión pública la doctrina estratégica francesa como el todo volitivo de su política exterior. Minc estructura su libro como una bisagra que en la primera parte trata de las situaciones estratégica, social, económica y política de Europa (la unión de esa bisagra es la "cuestión alemana"), y cierra con una parte hipotética y propositiva sobre los próximos treinta años (límites entre el mediano y el largo plazos) de Europa y el deber de la política exterior francesa hacia su continente.

La segunda guerra mundial estableció un mundo con las siguientes características estratégicas: Europa se encuentra protegida por el paraguas militar estadounidense, justificado por lo que Minc llama la "amenaza imperialista soviética". A ello se le suma el anclaje alemán en Occidente, dado por su economía y su sistema político democrático. Pero ahora la tendencia de Estados Unidos hacia Europa es el desenganche, la "amenaza soviética" ha disminuido y Alemania se acerca a la *Mittleuropa* y al Este (*ostpolitik*). A los elementos de esta nueva era de distensión se suma el desarrollo tecnológico de los arsenales militares que eleva el costo al sólo permisible, por parte de las grandes potencias, para su continuación

y mantenimiento. Las opciones reales a nivel estratégico para Europa son en este tenor: 1) la continuación de la carrera armamentista (económicamente inviable, como se verá después), y 2) la aceptación de la *diminutio capitis* de Europa, con las consecuencias en los demás órdenes que esto implica.

La segunda gran condicionante —según nuestro autor— la constituye la demografía, cuya entidad científica innegable "rebas y domina al hombre". Es una ciencia de números en la que el dorado es el 2.1. Cuando el promedio de hijos por mujer se mantiene en esa cifra la población crece, de lo contrario disminuye. La tendencia al respecto, en uno y otro lado de la cortina de hierro, es la disminución de esa tasa de fecundidad: ésta cayó en 1988 a 1.7. A ello hay que añadir otros agravantes más: por un lado está el que "el descenso de la población es un fenómeno acumulativo" (p. 51), y por otro el que contribuye al envejecimiento de la población. Hecho que se espera se incremente, porque la generación del *baby boom* de 1945 será sexagenaria antes del año 2010. Es de hacer notar que de los países comunitarios solamente Grecia y Portugal mantienen el mismo índice en su tasa de fecundidad, en tanto que Japón lo ha disminuido y Estados Unidos y Australia presentan sendos incrementos debido a la inmigración masiva.

Al buscar las causas del descenso de la tasa de fecundidad, Minc señala la disminución del número de matrimonios, la disolución de los mismos y el aumento de las familias monoparentales.³ De todo ello quedan dos conclusiones claras, pero nada tranquilizadoras: la primera consiste en que los efectos de una baja natalidad ya afincaron para los próximos treinta o cincuenta años, y la segunda que el envejecimiento de la población significa el envejecimiento de todo el sistema (más desocupados que activos, mayores demandas de pensiones y servicios médicos, etc.). También en el rubro demográfico, tan poco tocado por la ciencia política, hallamos en el análisis de Minc un interesante estudio sobre los flujos migratorios, cuyo motor parece una ósmosis por la diferencia de desarrollo económico. Si bien, por una parte, la inmigración representa para Europa un factor de crecimiento demográfico, por otra modifica su panorama étnico y con él sus valores, su política, sus costumbres, etc., y enfrenta, por si fuera poco, a una sociedad rígida (por la vejez) que rechaza la integración multirracial. A fin de cuentas todo ello traerá a la postre un enfrentamiento entre una mayoría senecta demandante de logros políticos emanados de la democracia (pensiones, atención sanitaria, etc.) y una minoría joven y productiva, que debe cubrir las demandas señaladas anteriormente. Asimismo, es previsible que se pro-

¹ Alain Minc, *La grande illusion*, París, Grasset, 1989, 270 pp.

² En este último libro propone, entre otras cosas, el inglés como lengua oficial europea.

³ Minc deslinda convenientemente las causas de la contracepción y el aborto y amplía la explicación al señalar las condiciones socioestructurales adversas a la familia clásica o nuclear, cuyos lazos se muestran ahora frágiles, inestables e inciertos.

duzca una depresión económica dada la disminución del consumo, así como una depresión política por el afianzamiento del conservadurismo (de izquierda o de derecha, señala Minc). El resultado —según se desprende de lo anterior— puede ser la pasividad o la revuelta social.

Mientras que desde la visión latinoamericana Europa disfruta de una recuperación y bonanza económicas envidiables, los propios europeos no están convencidos de ello. Nuestro autor enumera una serie tal de dificultades que si no fuera por la cercanía de nuestros propios problemas económicos la sentiríamos insalvable. Así, relativiza la visión con el cotejo del crecimiento económico de Estados Unidos, Japón y los *New Industrializing Countries* (NIC'S). El primer enfoque se ve alimentado por el aumento de la producción, del comercio y del nivel de vida europeos; el segundo se justifica por la baja del poder adquisitivo y el desempleo.

Al respecto, los tres grandes problemas que analiza Alain Minc son: 1) la socialización de la economía (servicios colectivos, pensiones, seguros de desempleo, etc.), donde el problema radica en el hecho de que siendo el logro de una sociedad democrática más justa se traduce en una economía menos productiva; 2) el trabajo es sustituido por el capital. Se incrementan los salarios, pero en la misma medida aumenta el desempleo, y 3) el aumento en la rentabilidad de la inversión no compensa los excesivos costos de producción que se decuplican. Resalta en la confrontación de las economías estadounidense y europea un hecho que nos lanza fuera del ámbito de ese rubro: "El retraso europeo —observa el autor— no es tecnológico (...) es sociológico" (p. 89). Conclusión que ampliará más adelante.

En este panorama se inserta la Comunidad Económica Europea como un elemento ambiguo que no acaba de lograr sus objetivos primarios cuando ya presenta exigencias de muy variado tipo y dificultades de gran envergadura. La Política Agrícola Común (PAC), por ejemplo, ha sido su mayor proyecto, exitoso en sus resultados, pero excesivo en su costo.⁴ Al anquilosamiento burocrático de las instituciones comunitarias hay que sumar el problema de más difícil solución, que es también de índole política: el blando sistema de autoridad con que cuenta la Comunidad Europea, además de soportar el peso de los intereses nacionales, representados por la resistencia británica en el sentido de no "conceder espacios de soberanía" en la negociación del Sistema Monetario Europeo. El plazo para la puesta en marcha del mercado común de 1992, que significará la libre circulación de capitales, bienes y personas, tropieza con una incapacidad

de los países miembros para integrarse, que trasciende del mero orden económico.

Esta efervescencia de Europa Occidental es caracterizada por Alain Minc como la de una "sociedad caliente", a diferencia de las inmóviles a las que llama "sociedades frías" como Europa del Este. Dejando a un lado la posibilidad bélica (impensable dado el nivel de la competencia armamentista) de dicho tema el autor ofrece tres posibilidades del futuro de Europa en orden decreciente, que pasaremos a revisar a continuación.

Finlandia nos presenta una sociedad con vida democrática normal y una completa inserción en el mundo capitalista, que se enfrenta a la presión militar y diplomática soviéticas dando por resultado la neutralización estratégica de dicho país. Este fenómeno es el que ha denominado nuestro autor como "síndrome finlandés". Y es también la primera de las escenificaciones: Europa-Hong Kong neutralizada o finlandizada, con fuertes lazos con el Este y aislada de Estados Unidos. La Unión Soviética se beneficiaría de una economía de mercado que saneara la suya a través de intercambios comerciales. El primer requisito de esta posibilidad es la estabilidad del mundo socialista; el segundo el incremento del aislacionismo norteamericano.⁵ En este panorama Francia se convertiría en un santuario imposible de sostener militarmente a menos que se introduzca al sistema de defensa estadounidense, lo que presenta varios obstáculos: la diferencia en la tecnología militar, el aislacionismo o desenganche norteamericano y el inmovilismo francés.

Lo más importante de esta escenificación es el hecho que deriva de la situación presentada anteriormente. Sus condiciones estarían dadas por una inhibición del sistema económico y un Estado empobrecido por el envejecimiento de la sociedad; además, la finlandización permitiría la existencia de una sociedad de valores múltiples y dispersos sin inconvenientes políticos. Es posible también imaginar "La ausencia de la consecuencia europea" y una disminución en la lucha por los derechos del hombre.

La segunda escenificación que nos presenta nuestro autor depende de lo que ocurra en los países del Este. En ellos, la sociedad civil se presenta en esparcimientos al lado de un aquiloso Estado-partido. La sociedad soviética presenta serias averías económicas (quiebra de la agricultura, disminución de la productividad industrial, degradación del nivel de vida) agravadas por el sostenimiento del poderío militar y un retraso relativo en la investigación tecnológica.

⁴ La población económicamente activa en el renglón agrícola representa sólo el 8% del total y la PAC consume el 80% de los créditos comunitarios.

⁵ Minc señala todos los indicadores de esta tendencia que no sólo se expresa militarmente sino que se afianza en la indiferencia económica y cultural hacia Europa y en la reconstitución del espectro cultural estadounidense enriquecido por la música, la moda, la cultura hispana, el acercamiento a Asia, etcétera.

Cuatro variables son definitivas en este ejercicio de proyección:

1. El expansionismo sin freno tiene una alternativa viable en la dominación a través de la finlandización.
2. Existen dos tesis contrarias sobre el poder de la URSS: la de que ésta es hoy más poderosa, y la de que está más debilitada.
3. El carácter y los alcances de las reformas actuales y posibles al sistema y,
4. La desaparición de la URSS dada por una "escatología del levantamiento".

Los países de Europa del Este, por su parte, presentan un renacimiento religioso integrado a la Iglesia y que constituye un movimiento de contrasociedad y resistencia ejemplarizado por el catolicismo polaco. La economía subterránea y el dinamismo cultural que guarda la memoria histórica de Europa Central presentan una válvula de escape social y muestran una sociedad civil como un sistema que se construye a sí mismo sin interpenetración del Estado (p. 212), a decir, una sociedad "supercaliente".

Del esquema anterior se derivan tres hipótesis, siendo la menos probable —desde el punto de vista de Minc— la democratización de la Unión Soviética, lo que disminuiría su política expansionista. En segundo lugar estaría la democratización de Europa del Este, cuyo efecto debilitaría a la URSS. Por *último*, la del endurecimiento soviético que haría patente la finlandización europea, ante lo cual podrían reaccionar los países de Europa Occidental.

Finalmente lo que en su *último* libro llama "la gran ilusión", y en el que nos concierne intitula como "el sueño despierto", la última escenificación del futuro de Europa corresponde a la idea de su construcción. Ésta no se podrá llevar a cabo a través de los lineamientos económicos de la Comunidad Europea sino de una unión estratégica y militar; es decir, atacar por lo político. Si bien la instancia jurídica común existe en estado embrionario por la producción jurídica del Tribunal de Luxemburgo, tendría que alcanzarse el hecho de una Europa Confederal, regida por un ejecutivo emanado de un Parlamento Confederal o por sufragio universal. Además tendrían que ser reconocidos derechos de voto, de nacionalidad y de familia, esto es, crear una ciudadanía europea.

Este trabajo que partiría de lo estratégico puede cursar dos caminos diferentes: uno, con el resurgimiento de la Comunidad Europea de Defensa (CED), cuyo principio es: territorio común, esto es, defensa común. El otro, una red donde los ejércitos nacionales fueran autónomos en tiempos de paz y se subordinarían a un Estado Mayor en caso de agresión.

Graves inconvenientes existen, sin embargo: uno de ellos se refiere a la incapacidad presupuestaria y

tecnológica europea; otro es de índole política: ni Estados Unidos (para quien Alemania juega la carta atlántica) ni la Unión Soviética aceptarían que Alemania fuera codetentadora del poder nuclear. A un nivel de posibilidad pragmática Minc empieza por proponer a Francia que asuma una posición decidida para llevar a cabo esta última escenificación, que dé prioridad absoluta a Alemania aun fuera del marco comunitario, y que cree fuerzas convencionales con ese país bajo un mando casi único.⁶ Además es necesaria una mínima flexibilidad para aceptar el panorama planteado y las decisiones tomadas, y, por último, definir una estrategia francesa global en la que se destaque el interés proeuropeo.

Cabe preguntarnos sobre dos puntos cruciales y que hoy por hoy constituyen una importante actividad internacional. En primer lugar, si los alcances de la *perestroika* y la *glasnost*, aunados a la efervescencia política de Europa del Este, modificarán suficientemente el estado de cosas de estos países para que afecten las variables propuestas por Minc. A ese respecto, pensamos que más que un elemento decisivo pueden llegar a ser un factor coadyuvante al debilitamiento de la tan traída y llevada "amenaza imperialista soviética", que a quienes padecemos esa amenaza, pero por parte de otra potencia, nos parece exagerada y tan lejana cuan está la URSS de nosotros geopolíticamente hablando. Sobre lo anterior, es necesario señalar que el aparente "anticomunismo" de nuestro autor se refiere sólo al comunismo histórico que prevalece en la Europa del Este y que resulta una caricatura de sus pretensiones por las incapacidades patentes por reconocer y enfrentar consecuentemente las dificultades que se le presentan.

Por otra parte tendríamos la actualidad del Proyecto de la Europa de 1992, que a pesar del revuelo originado en los medios internacionales apenas alcanza a concretizar los objetivos económicos planteados desde 1957. El apasionamiento con que aborda los temas del libro y la novedad de ellos y de sus propuestas se ven justificados por una concepción dinámica de las relaciones internacionales que parte de una filosofía antideterminista; un impulso voluntario consciente y colectivo hacia determinada dirección puede modificar la inercia de las tendencias políticas, económicas y sociales, cuyo fetichismo no nos deja verlas como la acumulación de actos humanos. Esto y su postura exhortatoria hacia sus conciudadanos y a los europeos en general es extraño de encontrar en la literatura política de actualidad.

Alfonso Sánchez Mugica

⁶ Proyecto llevado a cabo a fines de 1987 de manera inicial con un regimiento conjunto franco-alemán.